

Los riesgos de la libertad

Miguel Ángel Baldellou

La muerte de Franco en 1975 supuso para nuestra cultura arquitectónica un punto histórico de ruptura, señalando el final de un período de cuarenta años en el que estuvo ideológicamente condicionada.

La posible liberación de capacidades, reprimidas hasta entonces, no se produjo tal como se preveía. Algo parecido ocurrió en muchas otras manifestaciones culturales.

Durante los últimos años del Régimen, habían variado sustancialmente algunas condiciones que le caracterizaron en su origen.

Los cambios influyeron decisivamente en la formación de una nueva mentalidad colectiva que se fue formando en la emigración, el turismo y el desarrollo económico. A las generaciones más jóvenes de arquitectos, aparecidas en torno al 75, el aparato ideológico del franquismo les resultaba tan ajeno como lejanos el tiempo histórico y las circunstancias de sus orígenes. La larga marcha hacia la democratización de la vida civil, que tuvo como eje el profundo cambio de mentalidad de la población española, posibilitando el proceso pacífico de sustitución institucional, es el escenario fundamental en el que se ha generado la arquitectura que ha caracterizado nuestros últimos veinte años.

Durante este tiempo hemos visto cómo se ha producido un corte sustancial en el talante proyectivo de nuestros arquitectos, entre quienes iniciaran su andadura profesional en la última etapa del franquismo y quienes la comenzaran ya en la democracia.

Las promociones que salieron de las Escuelas de Arquitectura desde el 65 aproximadamente, aún pudieron identificarse con la protesta generacional que se desencadenó en Europa y estalló en el 68; aunque su origen, sus argumentos y sus contenidos presentaban aspectos muy distintos. La coincidencia en el tiempo consolidó el espejismo respecto a la asimilación de sus características. Sin embargo, la energía contenida en la crisis universitaria de aquellos años marcó a una generación aunada en la lucha común contra una situación que aún duraría, si bien muy debilitada, toda una década.

En este contexto cabía esperar que la extinción del Régimen con la muerte de su inspirador supondría una liberación de la carga expresiva retenida durante años por las circunstancias políticas.

La etapa 65-80, contempla en consecuencia una tensa y profunda búsqueda de bases sobre las que apoyar una identidad cultural no condicionada. En ella, la mayoría de los arquitectos con sentido de la responsabilidad histórica intenta señalar sus fuentes intelectuales, identificar sus maestros entre los más próximos y situar su discurso en unos cauces internacionalmente homologables.

La definitiva salida al exterior se acompañó con la referencia a la filiación a un origen concreto.

Esta generación, que hoy está entre los 45 y 55 años, y podemos identificar con la "transición", abordó su libertad expresiva desde el esfuerzo de ruptura con las generaciones anteriores y la respetuosa referencia a algún maestro particular.

En este sentido, el caleidoscópico panorama madrileño favoreció una sustancial dispersión de objetivos que acentuó la individualidad de los protagonistas.

A esta generación pertenecen todos aquellos "28 penenes" de "Arquitecturas Bis" y algunos otros que desde posiciones más silenciosas y aisladas luchaban por entonces por personalizar su conciencia. Influidos por los textos fundamentales de Kahn, Venturi, Rossi y Tafuri, se vieron inmersos en el dilema de escoger entre una actitud "heroica" o una posición "irónica". Lo recién descubierto fue defendido con fervor de conversos por muchos de los que formaron esa generación, que contiene una gran diversidad de tendencias.

En cambio, las promociones que han salido de la Escuela de Madrid en los últimos quince años hicieron sus estudios en una situación básicamente democrática. En consecuencia, se beneficiaron del clima de optimismo y esperanza que recorrió la sociedad española en esos años, alcanzando también a las universidades.

Por otro lado, la lucha por ocupar los puestos de los maestros de las generaciones de posguerra, que comenzaron a quedar vacantes por la edad, se vino a plasmar en una pérdida de referencia que acentuó aún más la dispersión de los caminos que, desde siempre, ha caracterizado a la "Escuela de Madrid".

La desaparición de los líderes incuestionables está en la base, tanto de la diáspora figurativa de los últimos años como de la indecisa filiación de la mayoría de los arquitectos más recientes.

Otros hechos me parecen también significativos en este contexto. Por un lado la proliferación de escuelas de Arquitectura con su producción de titulados ha hecho estallar la disparidad latente en Madrid y ha favorecido una cierta "especialización formal" en los nuevos centros.

Una vez rota la bipolaridad Madrid-Barcelona, ha sido aquella Escuela la que con mayor claridad se ha visto afectada por la pérdida de tensión que aportaban los estudiantes "periféricos residentes". A cambio, se ha producido en los últimos años un aporte muy significativo de la cultura más internacional a través de la influencia de autores muy señalados (Rowe, Frampton, Stern, Krier, entre ellos) trasladados aquí por "discípulos eventuales". La internacionalización de nuestra cultura no ha ido paralela con la producción cultural propia; en parte, por incapacidad de respuesta y, también, por "dejación del campo" al cultivar de modo preferente el figurativo. Con ello, la "cultura del máster" ha suplido a la del doctorado imposible.

Frente a la dispersión, también en los objetivos culturales, que afecta a nuestros arquitectos más jóvenes, puede observarse la existencia de ciertos núcleos agrupados en torno a figuras más o menos dominantes. Sin embargo, no se da una relación directa respecto a los maestros indiscutidos cuya influencia han recibido las últimas promociones a través de alguno de sus discípulos, con frecuencia desde una crítica solapada y, casi siempre, adulterada.

La correa de transmisión del pensamiento que va desde la

primera y segunda generación de la posguerra hasta nuestros días ha ido diluyendo, a través de los discípulos, pertenecientes en general al grupo formado en la transición, los aspectos más duros del origen de sus mensajes, referidos al debate, pocas veces explícito, de la propia identidad.

Quizás ahí se ha quebrado de nuevo la reflexión interna al dirigirse el esfuerzo a cuestiones, importantes sin duda, pero un tanto periféricas a la disciplina; y los nuevos arquitectos han quedado, en cierto sentido, en desamparo. En ese buscarse la vida sin unos límites muy claros "contra" los que fortalecerse y sin unos modelos inmediatos que seguir, han prosperado, junto a opciones de una fragancia e independencia sorprendentes, multitud de actitudes incoherentes, enmarcadas en discursos inconexos. Una cierta "dislexia colectiva" ha afectado a unas generaciones sin disciplina, azuzadas por la prisa en alcanzar metas imprecisas por atajos intelectuales y saltos en vacío, cuyas consecuencias son, demasiadas veces, irreversibles.

Bien es cierto que las circunstancias, las euforias y los "fastos" han facilitado las fugas y las evasiones. También, que desde la docencia y las publicaciones se ha fomentado la amnesia en favor de una consigna, que bien pudiera ser: "inventad, malditos, que algo queda". La forma exasperada fuera de su propia necesidad ha sido el resultado de una voluntad voluble que busca la notoriedad sobre todas las cosas.

Pero junto a todo ello, ha habido también una cierta complacencia en dejarse llevar por esas aguas turbulentas y demasiadas veces una complicidad buscada o creada ex profeso.

Desde otro ángulo, podría plantearse el desparpajo proyectivo de algunos como consecuencia natural de una suficiente información asimilada con naturalidad. La experiencia docente ejercida desde la teoría y la historia de la Arquitectura, me hace sospechar que la actitud dominante se deriva de la práctica de la simulación, incluyendo desde luego la que se nutre en un "exceso" de información no articulada. Es ahí donde se advierte la complicidad como estrategia. La ambigua y destañada "gauche divine" ha perdido incluso el sustantivo; no de forma casual, pero quizás tampoco de modo consciente. Puede que sólo sea una inadecuada mezcla de ingredientes que dé lugar a que muchos sean tan hábiles como errados. Respecto a si las últimas generaciones se puedan considerar más cultas que las anteriores, o más comprometidas, o si su capacidad gestual está más liberada, parece impropio establecer comparaciones. Los datos sobre los que operan y las circunstancias que condicionan su actitud no lo permiten. Las nuevas promociones están constituidas por tantos arquitectos, tan distintos y distantes entre sí que identificar en una masa tan heterogénea una actitud o una "voluntad de forma" generacional resulta un ejercicio de voluntarismo.

A pesar de ello, ciertos modos de actuar se destacan favorecidos por los promotores de unas modas impulsadas desde el ámbito profesional y su equivalente de los jurados de concursos

o desde las publicaciones profesionales, que de ese modo reproducen frustraciones y fortalecen un ego excesivamente dependiente de los demás. Que lo que muy pocos construyen o simplemente dibujan pase por ejemplificar o caracterizar a grupos tan dispares parece exagerado.

Y esto, con independencia del "valor" que ciertos casos representan. Algunos arquitectos, aunque sean noveles, parece que expresan en "su" propia voz, "su" propio pensamiento. Pocos. Valerosos. Excelentes. Dejémosles estar sin confundirles. ¿Cuántas veces el silencio y el respeto dicen más que el elogio prematuro? Callemos y esperemos en su propio beneficio y en el nuestro. No mezclemos lo distinto. Porque algunos se buscan a sí mismos, no precisan "maestros" que imitar. Porque los verdaderos entre éstos no pretenden reproducirse en lo superficial y, profundamente, son irrepetibles.

¿Qué papel puede desempeñar o desempeña en este juego la generación de profesores, "penenes" o numerarios —es lo mismo— tras la desaparición "legal" de los maestros? De tanto querer protagonizar tantos la escena, apenas forman coro y con dificultad se entiende en qué se diferencian.

A todo esto resultaría interesante conocer la opinión de las últimas promociones respecto a quiénes consideran sus auténticos maestros. Por lo leído, con frecuencia se establecen supuestas referencias que en la práctica se demuestran, como muy poco, equívocas, históricamente inciertas y moralmente meramente estratégicas más que verdaderas. En este sentido, la alusión oportuna posibilita un "pedigree" condicionante de la crítica organizada según agrupaciones "familiares". A cierta distancia resulta sintomático de una búsqueda de identidad, más necesaria en una profesión masificada, y del prestigio protector frente a la hostilidad del medio.

A este respecto, el caso de Oporto, recientemente expuesto en estas páginas, se presenta como diametralmente opuesto al madrileño. Entre nosotros, la adscripción a una determinada tendencia supone muchas veces el rechazo absoluto de otras posibles. Todo menos sintetizar buscando los acuerdos. Resulta habitual en nuestra Escuela que predominen las pequeñas rencillas. Parece poco menos que imposible en estas circunstancias poder reconocer una tendencia dominante, poder seguir trayectorias coherentes, desarrollar discursos rigurosos, si al mismo tiempo se quiere participar en un debate sin apenas argumento.

Al mismo tiempo, parece que remite el vértigo figurativo responsable de tantas estragos en los últimos años, forzado por la necesidad, recuperando una realidad más cotidiana, olvidando en buena hora tantas celebraciones.

Igual que a Utzon tras la experiencia australiana, cabría preguntar a tantos, que con tanto fervor defendieron el poder y la fascinación de los medios y las formas: ¿qué fue de las velas de antaño? Volvamos a las "instituciones" en siendo Kahniano.

¿Qué quedará de tanto fuego fatuo? Lamentablemente, ni siquiera la memoria de haberlo propagado. ■